con simpatía. Todo aquel trabajo de la oficina de comprobaciones, tan mal hecho, era, en efecto, inútil: mortificante para los devotos è insuficientes para los incrédulos.

¿Es que el milagro se prueba? ¡Hay que creer en èl! Desde el momento en que Dios interviene, no hace falta comprender nada.

En los siglos de verdadera creencia, la ciencia no se metía en explicar á Dios.

¿A qué venir ahora á estorbar á la fe, rebajándose á sí misma? ¡No, no! Había que prosternarse, besar la tierra y creer. O marcharse. No había compromiso posible. Desde el momento que empezaba el examen, no había de detenerse hasta conducir fatalmente á la duda.

Pero á Pedro le molestaban sobre todo las extraordinarias conversaciones que oía en torno de él. Había allí creyentes que hablaban de los milagros con una desenvoltura y con una tranquilidad inauditas. Los hechos más asombrosos les dejaban llenos de serenidad! ¡Otro milagro! !Otro! Y contaban imaginaciones de demencia con una sonrisa, sin la menor protesta de su razón.

Vivían en una atmósfera de fiebre visionaria, y ya nada les asombraba. Y no se trataba solamente de pobres de espíritu, de ignorantes y de alucinados, sin que también había allí personas inteligentes, y hasta sabios, como el doctor Bonamy y otros.

Era incomprensible.

Por esto Pedro se sentía presa de un malestar creciente, de una cólera sorda que hubiera concluído por estallar. Su razón luchaba como un pobre ser arrojado al agua y que se ve próximo á ahogarse; y pensaba que los cerebros que naufragan en una creencia ciega, como el doctor Chassaigne, deben pasar antes por aquel malestar y por aquella lucha, antes del naufragio definitivo.

Miróle y le vió infinitamente triste, abatido por el destino, débil como un niño que llora, sólo en el mundo para el resto de sus días. Y sin embargo, no pudo retener el grito de protesta que le subía a los labios.

—¡No, no! Si no se sabe todo, si jamás se sabe lo bastante, no es razón para cesar de aprender. No conviene que lo desconocido beneficie de la debilidad y de la ignorancia. La eterna esperanza debe fundarse en que los hechos inexplicables se explicarán un día; y no cabe sanamente otro ideal que esa marcha hacia lo desconocido para conocerlo, esa victoria lenta de la razón, á traves de las miserias de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia... ¡Ah! La razon es la que á mi me hace sufrir, pero tambien espero de ella toda mi fuerza.

Cuando la razón perece, perece todo el ser. Aunque sea á costa de mi felicidad, tengo el deseo ardiente de satisfacerla cada vez más.

Los ojos del doctor Chassaigne se llenaron de lágrimas. Sin duda acababa de recordar á su esposa y a su hija. A su vez murmuró:

—¡La razón! Si, es un gran orgullo, la dignidad misma de vivir... Pero hay el amor, pue es la omnipotencia de la vida, el unico bien que hay que reconquistar, cuando se ha perdido...

Su voz se quebró en un sollozo ahogado; y hojeando maquinalmente los expendientes puestos sobre la mesa, dió con el que llevaba escrito en grandes tetras el nombre de Maria de Guersaint. Lo abrió. y leyo los certificados de los dos medicos, que diagnosticaban una paralisis de la medula. Y continuo:

—Vamos a ver, hijo mio; se que siente usted un vivo afecto por la señorita de Guersaint... ¿Que diria usted si curase aquí? En este expediente veo certificaciones, firmadas por personas respetables, y usted sabe que las paralisis de esa naturaleza son poco menos que incurables.... Pues bien. Si de pronto esa joven corríese saltase, como tantas otras que yo he visto, ¿no se alegraría usted con toda el alma, y no admitiría, en fin, la intervencion de un poder sobrenatural?

Pedro iba a contestar, cuando se acordò de la consulta de su primo Beauclair, del milagro predicho como un relámpago en un despetamiento, en una exaltacion de todo el ser sintio que su malestar aumentaba y se limitó a decir:

—En efecto, me alegraría muchisimo..... Y tiene usted razon; en toda la agitacion de este mundo, no hay sin duda mas que la voluntad de la dicha.

No podía continuar allí. El calor hacía transpirar en abundancia. El doctor Bonamy había empezado a dictar á un seminarista el resultado dal examen de la Grivota; mientras que el padre Dargeres, atento a las expresiones, se alzaba a hablarle de vez en cuando al oido, para hacerle modificar tal ó cual frase.

El tumulto continuaba en torno de ellos; la discusión de los médicos versaba ahora sobre puntos tecnicos, de ningún interés en el caso especial puesto en estudio.

Ya no se podía respirar en aquel baraccón de solo tablas, cuyo mal olor daba nauseas, y cuyo ambiente mareaba los cerebros. El hombrecito rubio, escritor influyente en Paris, se había marchado descontento, por no haber visto un verdadero milagro.

Pedro dijó al doctor Chassaigne:

—Vamonos, si no acqui me va a dar algo.

Salieron al mismo tiempo que la Grivota. A la puerta, tropezaron con el gentio que se agolpaba para ver á la mujer del nuovo milagro. La noticia se había propalado rápidamente, y todos se disputaban la honra de preguntar y tocar á la escogida de la Virgen.

Y ella, con sus mejillas encendidas y sus ojos ardientes, no hacía más que repetir bailando de alegría:

¡Estoy curada!.... ¡Estoy curada!....

Su voz era ahogada por gritos de admiracion y de entusiasmo, y ella era arrastrada por las oleadas de la multitud.

Un momento, la perdieron de vista, si se hubiese hundido; pero reapareció subitamente, cerca Pedro y del doctor, que procuraban abrirse paso.

Acababan de encontrarse con el comendador, una de cuyas manías consistía en bajar a las piscinas de la Gruta para echar pestes.

Ceñido militarmente en su levita, apoyabase como de costumbre en su grueso bastón de puño de plata, arrastrando un poco la pierna izquierda, medio paralítica, despues de su segundo ataque. Encendiosele el rostro y sus ojos echaron chispas de colera, cuando la Grivota le empujó para pasar, repitiendo, en medio del entusiasmo desencadenado del gentió:

—¡Estoy curada!.... ¡Estoy curada!....

—Pues, peor para usted!—exclamó presa da un furor brusco.

La gente se rió, porque todo el mundo le conocía y le perdonaba su maniatica pasión por la muerte. Sin embargo, al oirle murmurar que cuando una carecía de belleza y de fortuna, era lastima que quisiese vivir; que aquella muchacha debia preferir la muerte en seguida antes que continuar sufriendo, la gente empezada á enfadarse en torno de él, cuando el abate Judaine, que pasaba, le sacó del paso. Llevóselo aparte diciéndole:

—¡Cállese usted, amigo mío! No sea escandaloso. ¿Por qué se rebela usted contra la bondad de Dios, que á veces alivia nuestras miserias?... Debiera usted prosternarse y pedirle que le cure la pierna y le deje vivir diez años más.

Entonces, exclamó ahogándose:

—¿Yo? ¿yo, pedir diez años de vida, cuando mi día más feliz será el día en que me largue? ¿Ser tan humilde y cobarde como esos miles de enfermos que veo desfilar aquí, en un bajo terror de la muerte, gritando su debilidad y su vergonzoso afán de vivir?... ¡Ah! ¡No; me despreciaría demasiado á mí mismo! ¡Muera, pues, pero en seguida! ¡Qué bueno será dejar de existir!...

Encontróse otra vez cerca del doctor Chassaigne y de Pedro, fuera del tropel de gente, á la orilla del Gave, y se dirigió al doctor, á quien conocía:

—¡Figúrese usted que hace un rato han intentado resucitar á un hombre! ¡Cuando me lo han contado, creí que me ahogaba la rabia! ¿Le parece á usted, doctor?... Un hombre que tenía la dicha de estar muerto y que se han atrevido á zambullir en el agua, con la criminal esperanza de hacerlo revivir. Pero si hubiesen logrado su intento, si su agua hubiese reanimado á ese infeliz, porque todo puede suceder en este mundo extravagante, ¿no cree usted que ese hombre hubiera tenido el derecho de esculpirles á la cara, á todos esos remienda-cadáveres? ¿Acaso el muerto les había encargado que le despertasen? ¿Sabían acaso si estaba contento de haber muerto? A la gente, al menos, se la consulta. Figúrese usted que me vengan á mí con esa broma asquerosa, cuando duerma al fin mi gran sueño. ¡Ah! ¡Bonitos les pondría yo! ¡Métanse ustedes en lo que les importa! ¡Y vuelta á morirme!

Era tan extravagante en sus enfados, que el abate Judaine y el doctor no pudieron menos de sonreirse. Pedro, en cambio, estaba serio, helado por el gran extremecimiento que pasaba. ¿No acababa de oir las imprecaciones desesperadas de Lázaro? Muchas veces se había imaginado á Lázaro, salido del sepulcro, gritando á Jesús: «¡Oh; Señor! ¿por qué me has despertado á esta abominable vida? ¡Era yo tan feliz, sumido en el eterno sueño sin pesadilla alguna, en las delicias de la nada! Había conocido todo la miseria y todos los dolores; las traicione, las falsas esperanzas, los descalabros, las enfermedades; había pagado al sufrimiento mi horrorosa deuda de viviente, porque había nacido sin saber por qué, y vivido sin saber cómo; y resulta, Señor, ¡que me haces pagar por duplicado, que me condenas á volver á empezar mis trabajos forzados! ¿He cometido alguna falta inexpiable, para imponerme tan cruel castigo? ¡Volver á vivir!... ¡Ah!.... ¡Sentirse morir cada día un poco en su carne; no tener inteligencia, sino para dudar; ni voluntad, sino para no querer; ni ternura, sino para llorar sus penas!... Y ya todo había concluído; acababa de dar el paso terrorífico de la muerte, ese segundo tan horrible, que basta para envenenar toda la existencia. Había sentido bañárseme la piel por el sudor de la agonía, retirarse la sangre de mis miembros, escapármese el aliento en el último suspiro. ¿Quieres, pues, que pase otra vez por ese trámite horrible? Has querido que yo muera dos veces, y que mi miseria humana exceda á la de todos los hombres... ¡Oh! ¡Señor; sea ahora mismo! Te lo imploro; haz este otro gran milagro; que me tienda otra vez en mi sepulcro y que sin sufrir vuelva á sumirme en mi eterno sueño interrumpido. No me impongas el tormento de revivir; tormento tan espantoso, que á él no has condenado ningún ser. Siempre te amé y serví; no hagas de mí el mayor ejemplo de tu cólera, que espantaría á las generaciones. Sé bueno y piadoso, Señor; ¡devuélveme el sueño que me he ganado, adorméceme de nuevo en las delicias de la nada!»

Mientras tanto, el abate Judaine se había llevado al Comendador, acabándolo de colmar. Pedro dió un apretón de mano al doctor Chassaigne, acordándose de que eran más de las cinco y debía esperarle María.

Al volverse á la Gruta, encontróse al padre Hermoises en conversación tirada con el señor de Guersain, que hasta entonces no había salido de su cuarto, reanimado después de tan larga dormida. Ambos admiraban la belleza extraordinaria que la exaltación de la fe imprimía en el rostro de algunas mujeres. También hablan de su proyectada excursión al circo de Gavarnie.

Guersaint siguió inmediatamente á Pedro, al saber que María había

tomado el primer baño sin resultado. Encontraron á la muchacha sumida en el mismo estupor doloroso, con los ojos costantemente fijos en la Santa Vírgen, que no la había escuchado. No contestó á las palabras de ternura que le dirigió su padre; únicamente le miró con sus grandes ojos tristes, y volvió á fijarlos en la estátua de marmol, muy blanca en medio del resplandor de los cirios.

Mientras Pedro estaba de pie, para conducirla al Hospital, Guersaint se arrodilló devotamente. Desde luego rogó con fervor por la cura de su hija.

Después pidió para sí la gracia de encontrar un comanditario que le diese el millón, indispensable para sus experimentos sobre la dirección de los globos.

V

A cosa de las once de la noche, después de haber dejado al Sr. Guersaint en su cuarto de la fonda de las Apariciones, ocurriósele á Pedro volver un instante al Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, antes de acostarse. Había dejado á María tan desesperada, encerrada en un mutismo tan huraño, que el joven cura estaba lleno de inquietudes.

Al ser recibido por la señora de Jonquière, á la puerta de la sala de Santa Honorina, se alarmó todavía más, porque los informes no eran buenos. La directora le enteró de que la muchacha no había vuelto á despegar los labios; y no solamente no contestaba á nadie, sino que, además, se negaba á comer.

Por esto quiso absolutamente que Pedro entrase. Estaba prohibido que los hombres entrasen en la sala de las mujeres, por la noche; pero un cura no es un hombre.

—No quiere á nadie más que á usted, usted es el único á quien escuchará. Hágame el favor de entrar y de ir á sentarse al lado de su cama; espere usted al padre Judaine, que ha de venir, á eso de la una, para dar la comunión á las más enfermas, á las que no pueden moverse y comen desde que amanece. Le ayudará usted.

Pedro siguió á la señora de Jonquière, que lo instaló á la cabecera de María.

—Hija mía, aquí le traigo á una persona que la quiere mucho. Va usted á hablar y entrar en razón. ¿No es cierto?

Pero la enferma, al reconocer á Pedro, se le quedó mirando con aire de sufrimiento exasperado.

—¿Quiere usted que le dé un rato de lectura; una de esas bonitas lecturas que alivian, como la que nos dió en el vagón?... No; no está usted de humor para ello. Bueno; veremos mas tarde... La dejo á usted con él.

Estoy segura de que dentro de un instante se habrán acabado esas rarezas de enferma malhumorada.

En vano la habló Pedro en voz baja, diciéndole todo lo que le inspiraba su ternura, suplicándola que no se dejase caer de aquel modo en la desesperación. Si la Virgen no la había curado el primer día, era que la reservaba para algún milagro extraordinario.

Pero la enferma había vuelto la cabeza. Ni siquiera parecía escucharlo, con la boca amarga y los ojos irritados, perdidos en el vacío.

Pedro tuvo que callarse, y miró en torno suyo.